

LO QUE SE PRETENDE QUE DIGAN LAS ESCRITURAS

Juan Denck

Introducción

Fuente: Denck. *Schriften*, 11, pág. 22 y ss.

Poco es lo que sabemos de las raíces del humanismo o del misticismo de Juan (Hans) Denck. Estudió en la universidad de Ingolstadt y fue corrector en una imprenta de Basilea, ciudad en donde pudo conocer al reformador Ecolampadio. Más tarde llegó a ser rector de un colegio de Nuremberg. Ejercía el profesorado libre de idiomas en Augsburg cuando Baltasar Hubmaier, acabado de llegar de Zurich en busca de refugio, lo bautizó.

En el presente tratado, Lo que se pretende que digan las Escrituras.... es la primera publicación de Denck y fue escrita, muy probablemente, antes de su bautismo. Expone aquí su misticismo especulativo, elemento éste que iba a ser su aporte al anabaptismo del sur de Alemania.

Se trata de un discurso sobre la naturaleza humana y su libre albedrío, frente al concepto de predestinación que predominaba tanto en el pensamiento de Lutero como en el de Zuinglio. Sin embargo, no se trata de un humanismo ni de la libertad del hombre propiamente dicha, sino de una visión de la gracia divina que otorga al hombre toda la dignidad de la decisión responsable frente a la misma gracia. Lutero, Zuin-

glio y, más tarde, Calvino, honraron la soberanía divina al negar al hombre la última determinación de su destino. Denck prefiere honrar a Dios imputando al hombre toda la culpa de su destitución.

Por otra parte, tampoco se trata de un discurso abstracto sobre la naturaleza, la ley o la gracia divinas; éstas se disciernen únicamente reflejadas en la experiencia del alma creyente, que debe ser el alma quebrantada, humillada. Llega a la fe no por su fuerza, ni aun por la fuerza de su fe, sino por su "abandono" (Gelassenheit, término clave de toda la piedad mística y anabaptista) La preocupación de Denck es la autenticidad de este abandono, pues descargar sobre Dios la responsabilidad de la falta de fe constituye una expresión de orgullo disfrazado.

Ni por el uso del modo especulativo de argumentación, ni por el tema mismo, Denck es típico del anabaptismo medio. Sin embargo, la posición que adopta representa bien al movimiento, tal como también lo hizo Hubmaier, otro teólogo no típico en su estilo pero representativo en su orientación¹. El anabaptismo generalmente se opuso a toda apariencia de determinismo o predestinación. Esta actitud surgía de tres preocupaciones: preocupación pastoral (seriedad moral del discípulo comprometido); preocupación teológica (el honor de Dios, quien ni siquiera indirectamente puede ser autor del mal) y preocupación devocional (la búsqueda de la genuina Gelassenheit-abandono).

LO QUE SE PRETENDE QUE DIGAN LAS ESCRITURAS:

que Dios hace y crea lo bueno y lo malo.
Si es justo que alguien se excuse de
los pecados y los transfiera a
DIOS

Yo, Juan Denck, confieso libremente ante todos los hombres temerosos de Dios que abro mi boca contra mi voluntad y hablo a disgusto ante el mundo acerca de Dios, quien —sin embargo— me insta a no callar. Y sólo en su nombre hablaré con alegría, por difícil que me resulte. Hay algunos hermanos que creen haber explorado el Evangelio a fondo, y quien no aprueba siempre sus palabras tiene que

ser un hereje entre los herejes. Si se quiere dar cuenta de la fe a quienes así lo desean, ellos dicen que uno pretende crear tensión y sedición en el pueblo. Si se hacen oídos sordos a palabras perniciosas, dicen que uno teme a la luz. Pues bien, Dios me ha sacado de mi rincón, sólo Él sabe si es para bien de alguien. Porque aunque son muchos los que preguntan acerca de la verdad, se ven pocos que quieran oíría. Si yo digo la verdad, que escuche quien quiera escuchar. Quien me acuse de mentir, que dé testimonio contra mí. ¡Oh, Señor, Dios mío, permite que me encomiende a ti y hágase en mí tu voluntad, a través de tu amadísimo hijo Jesucristo, por cuyo espíritu el mundo puede y debe ser amonestado! Amén.

Dios habla a través de los profetas: "Yo soy Dios y ningún otro, el que forma la luz y crea las tinieblas, el que hace la paz y crea la adversidad"¹. Algunos escribas interpretan esto como si Dios fuera el causante inicial del pecado. Dicen, pues: puesto que Dios está en todas las criaturas, produce en todo el bien y el mal; esto es, según ellos dicen, tanto la virtud como el pecado.

Es verdad que si Dios nada hubiera creado tampoco existiría el pecado. Pero de eso no surge que el propio Dios lo haya creado. Porque, puesto que Dios es bueno, no puede hacer, verdaderamente, otra cosa que el bien. Por lo tanto, toda criatura ha sido bien hecha por Dios y se asemeja a Él en cierta medida. Lo que los hombres pecan más allá, es por su propia cuenta y en contra de Dios. Si Dios hiciera lo mismo, estaría en contra de sí mismo y su Reino sería destruido² y estaría cometiendo una injusticia contra el hombre al reservarle un castigo que no habría merecido. Y si Dios perdonara el castigo, no habría motivo de gratitud, puesto que Él mismo le habría dado origen.

Tú dices: Dios no crea el pecado sino que lo dispone³. ¿Cuál es la diferencia? Si lo dispone, tiene que haber intervención de su voluntad. Si interviene su voluntad, ¿qué más da —se diga lo que se diga— que lo cometa Él o permita que los demás lo cometan? ¿No es tan culpable el cómplice como el ladrón? Sí, Él ha sido testigo y pudo haberlo impedido, la culpa es de Él. Respuesta: es mejor que Dios haya dispuesto el pecado y que no lo haya impedido. No habría podido hacer esto último sin forzar o empujar a los hombres como a una piedra o a un bloque; pero entonces su nombre tampoco habría sido reconocido y alabado por el hombre. Razón: al no saber nada del pecado habrían caído en la soberanía de creerse tan justos como Dios. Por eso es infinitamente mejor que el pecado haya sido dispuesto y

no evitado. Porque el pecado no cuenta contra Dios y, por grande que sea, Dios puede vencerlo, lo vencerá y lo ha vencido, para su propia alabanza eterna y sin daño para ninguna criatura. Pero Dios no habría podido modificar su propio orden sin perjudicar su eterna verdad, para mantener a las criaturas libres de pecado; porque nunca más podría haber sido plenamente alabado, lo cual ha sido su primero y único motivo para emprender la creación. Y Dios y todas las criaturas hubieran sido eternamente dañadas si su alabanza no hubiera proseguido. Entonces, si el pecado no podía suprimirse, hubiera sido mejor que Dios no creara nada, en lugar de disponer el pecado, pero si las cosas le hubieran sido diferentes de lo que le son, no estarían bien para Él. Si Dios no hubiera creado, no sería reconocido más que por sí mismo, lo que no sería suficiente para su gloria. Si hubiera evitado el pecado, su misericordia no habría sido misericordia, por cuanto no hubiera tenido objeto sobre el cual proyectarse o que necesitara de ella. Pero si el pecado no pudiera ser vencido, Dios no sería todopoderoso y tendría que ver eternamente a su enemigo junto a Él y contra Él; más aún, su enemigo lo igualaría en poder.

Tú dices: puesto que Dios está en todas las criaturas y produce todo en todos, hay que deducir que también produce el pecado. Respuesta: en efecto, Dios está en todas las criaturas y produce todo en ellas; pero no puede responderse simplemente que también produzca el pecado. Razón: el pecado debe interpretarse de dos maneras; es bueno y malo en diferente sentido. En cuanto malo, lo que ha sido hecho sin Dios, es nada ante Él, como dice Juan⁴. Pero en cuanto bueno, es algo y ha sido hecho por Dios para castigo del que peca o de otro.

Tú dices: pero si Dios ha hecho el pecado como algo bueno, entonces Él es causa del mismo. Respuesta: si Dios ha hecho el pecado y todo lo que se califica de malo, lo hace para castigo de alguien, como ya se ha dicho. Si Dios castiga a alguien sin motivo e injustamente, sería verdad lo que dicen los escribas: que Dios es sólo una causa del pecado. ¿Pero quién puede inculcar a Dios sino el que no lo conoce?

Tú dices: y si el pecado —tal cual lo comete el hombre— no es nada ante Dios, ¿por qué castiga Él? Respuesta: un maestro castiga a sus alumnos porque no hacen nada. Es bueno hacer algo, si lo hiciéramos, necesitaríamos mucho menos del castigo. Pero para comprender de qué manera el pecado es nada pensemos en aquél que se entrega a Dios y se convierte en nada, a pesar de ser algo creado por Dios. Esto lo comprenderá cada cual en la medida de su abandono

no⁵ en Dios; así deben escucharse también todas las palabras de Dios. Quien tenga oídos para oír, que lea el ejemplo de los hijos de Jacob. Ellos habían vencido a José, su hermano, en Egipto, y luego de un honesto arrepentimiento oyeron que José decía: no fuisteis vosotros, sino Dios, quien me envió aquí. Vosotros pensasteis mal contra mí; pero Dios pensó y consumó bien conmigo⁶. Dios crea, pues, siempre primero lo mejor, es decir la luz y la paz; cuanto antes las perciba el hombre, tanto más pronto se unirá a Dios. Pero a quien se encierra y se resiste, Dios le da, en su sabiduría —a la cual nada puede superar—, precisamente lo contrario; es decir, tinieblas y falta de paz, por cuanto nosotros mismos lo hemos querido, y lucha con esos medios contra nosotros, con la misma intensidad con que nosotros luchamos antes contra Él. ¿Está cometiendo Dios un pecado al castigar a alguien que no quiere otra cosa? El castigo no es pecado sino un bien. Porque todo padre que ama a su hijo lo castiga hasta que se somete y hace lo que debía haber hecho antes de pecar.

Tú dices, además: si Dios necesita del pecado como una penitencia, entonces es preciso cometerlo; porque no estaría bien que un castigo quede a medias. ¿Qué puede hacer, pues, el hombre si tiene que cometer pecados? Respuesta: para quien reconozca realmente al pecado como castigo, el pecado ya no será tal, sino un maravilloso estímulo para reconocer el bien y para amarlo.

Tú dices: y si es bueno, ¿qué mal hay en que se lo cometa? Pecaremos mucho para tener mucho estímulo. Respuesta: es bueno para quien lo reconoce con un castigo y no lo comete más. Quien lo comete sin cesar, no puede decir que hace bien o que cumple la voluntad de Dios, puesto que a Dios le disgusta el pecado. Y quien justifica el pecado se está resistiendo a la verdad y al Espíritu Santo, que castiga al mundo por causa del pecado. Otro punto: quien reconoce al pecado como tinieblas y falta de paz, que él tiene merecidas, ése está parcialmente en la luz y en la paz, adonde Dios lo ha conducido. Puesto que Dios lo ha conducido a la luz y Él nunca se arrepiente de sus dones, nunca más lo volverá a conducir al pecado. Aquellos a los cuales Él deja caer nuevamente en el pecado son los que no se conforman con la luz; y quienes no se conforman con la luz estuvieron antes en las tinieblas y toman también a la luz por tinieblas. Por eso Dios los castiga y les da tinieblas hasta que se cansan. Una comparación: aquél que ha estado largo tiempo en la miseria y ha llegado por fin a su hogar después de mucho errar es bien y amablemente recibido por su padre y sus hermanos y sin em-

bargo no quiere reconocer que ése es su verdadero hogar y que éstos son su padre y sus hermanos —y por lo tanto desea seguir buscando, sin dar fe a lo que le dicen sus hermanos y su padre—, ése no diría la pura verdad si afirmara que ha padecido mucha miseria y privaciones, aun cuando fuera así. Porque si reconociera como miseria lo que ha vivido, reconocería su hogar y no desearía volver a la miseria, puesto que el padre no le da motivos para partir y sí muchos más motivos para permanecer. De la misma manera, quien no se conforma con Dios, su Padre, ni se quiere entregar a Él, a pesar de no advertir en Él nada injusto o poco amable, sino rectitud y bondad —que realmente es bueno para cualquiera— ése no puede decir, sin faltar a la verdad, que reconoce al pecado como un castigo que Dios ha dispuesto para él. Razón: reconocería el castigo como algo beneficioso y agradecería al padre por el mismo y permaneciendo en adelante junto a él se le sometería, para hacer lo que al padre le pluguiera. Pero al Padre no le complace el pecado, de lo contrario no lo hubiera prohibido; por lo tanto no lo provocará en ningún hombre que se haya entregado a Él. Por eso es mentira lo que dicen los falsos cristianos: que ellos no pueden hacer otra cosa que lo que Dios provoque en ellos; porque la boca dice otra cosa que lo que ocurre en el corazón. La boca habla de un abandono en Dios, mientras que el corazón hace uso de toda la libertad; roba a Dios la voluntad, que Dios ha creado buena y libre, y se apropia de ella contra la voluntad de Dios. Sí, la boca y el corazón roban a Dios su honra más alta y grande, al pensar y decir que Dios ha hecho un templo en el cual no quiere vivir. Y así dicen que habita en él, siendo ellos todavía veleidosos, culpan a Dios de algo que a Él le provoca eterno disgusto.

Tú dices: dígas lo que digas, yo no puedo hacer nada bueno. Respuesta: ¿pero Dios puede hacer el bien? Por cierto diría que sí. Entonces déjalo hacer [en ti] lo que quiera. Él no te hará nada malo. Pero si no quieres permitir que Dios haga, con eso estás demostrando que no te das por satisfecho con Dios; ésa es una soberbia que Dios no ha creado, como dice la Escritura⁷.

Tú dices: yo hallo satisfacción en Él, pero ¿qué puedo hacer si Él no quiere actuar en mí? Respuesta: si encuentras satisfacción en Él, también creerás que Él ha superado el pecado. Si no crees eso, no podrás buscar ayuda en Él. Pero si creyeras realmente que lo ha superado, el pecado ya nada te haría. Ahora bien, tú mismo reconoces que no puedes hacer otra cosa que pecar. Eso es como decir que el pecado te ha avasallado y que aún te avasalla. Pero si el pecado puede contigo,

como tú mismo dices, Dios no lo ha superado y aniquilado; porque si estuviera muerto, no podría contigo. ¿Ves que no crees ni esto ni aquello y que no te entregas ni de una ni de la otra manera, tú que oyes la palabra de Dios y no la guardas? Y así como crees, así serás salvo. Tu fe es carnal, por eso tu salvación también es carnal. Como Pablo, dirigiéndose a los judíos, trastoca la palabra de Moisés que, paradójicamente, dice: "quien la cumpla vivirá por ella"⁸. Como si Pablo quisiera decir: vosotros sólo guardáis los mandamientos exteriormente, por eso ya no tenéis más que una vida exterior. Por más que Moisés ha hablado de la verdadera vida, como también Cristo al decir: "Haz esto y vivirás". Sí⁹, vivirás realmente, en la medida en que cumplas realmente con los mandamientos; serás realmente bienaventurado, en la medida en que creas en la verdad y no lo hagas hipócritamente.

Tú dices: pero si en Dios no hay nada de malo y el impedimento está en mí, entonces también está en mis manos salvarme; por consiguiente la salvación no nos llega de Dios, a través de Cristo, sino de nosotros mismos. Respuesta: la salvación está en nosotros, pero no proviene de nosotros, de la misma manera en que Dios está en todas las criaturas, pero no por eso proviene de ellas, sino que ellas provienen de Él. Si Dios está en mí, entonces está en mí todo lo que pertenece a Dios: la omnipotencia, la justicia y la misericordia. Si no lo creo, soy un mentiroso, y sin embargo es verdad que Dios ha dicho que Él llena el cielo y la tierra, es decir, a todas las criaturas.

Tú dices: y si la salvación está en mí, ¿qué me hace falta? ¿No soy ya bienaventurado? Respuesta: no. ¿Por qué? No es suficiente que Dios esté en ti; tú también debes estar en Dios. ¿De qué sirve que tengas a Dios si no lo honras como Dios? ¿De qué vale que te haya creado al principio por su palabra y te haya hecho hijo suyo si tú no te comportas como un hijo? ¿No puede Él negarte tu herencia, aun cuando te la haya prometido, junto con otros hijos?

Tú dices: ¿de modo que depende de mí¹⁰ detenerme, hacer o correr contra lo que me dice Pablo y la Escritura? Respuesta: no depende de mí querer o correr, sino —como he dicho— justamente de que uno ose correr, por las suyas, directamente hacia el cielo, porque entonces yerra y corre hacia lo contrario. Pero si corre de verdad, es decir, si no corro yo, sino que es la palabra de Dios la que corre en mí —es decir que yo corro en forma pasiva— mi correr no será en vano, como dice también Pablo acerca de sí mismo¹¹.

Tú dices: aún quisiera saber qué es lo que impide mi salvación.

puesto que Dios me la quiere brindar —como tú dices— y yo puedo decir que la aceptaría gustoso. Respuesta: lo impide precisamente aquello que ha sido un impedimento para todos los elegidos: que tu voluntad y la voluntad de Dios, aunque parezcan ser una sola, no lo son. Razón: Dios no busca lo suyo con su voluntad, como lo haces tú. Lo demuestra al renunciar a su poder y no destrozar de inmediato al pecador —a lo cual tendría todo el derecho—; le da, en cambio, lugar al arrepentimiento, con su paciencia, para atraer [al pecador] con la máxima ternura. Dios no haría eso si sólo buscara lo suyo. Pero el hecho de que tú buscas lo tuyo y no a Dios por sí mismo, queda demostrado por tu falta de abandono, ya que siempre buscas un rincón en el que esconderte, para escapar a la mano de Dios. Porque siempre te preocupa que, por ser tú una miserable brizna de hierba y Él una piedra infinitamente grande, Él te triture si te quedas quieto. Porque carne y sangre lo contemplan así, antes de que el hombre se sacrifique. Donde busca la bienaventuranza parece estar la condenación; esto no le sabe bien a la naturaleza pervertida. Si el hombre se quedara quieto sería el momento y el lugar para que el espíritu del Cordero le diera testimonio y le dijera que ése —al olvidarse de sí mismo— es el único camino para la salvación¹². Porque aunque Dios y todo lo que Él hace es lo mejor, su romper —que es enojoso a nuestra naturaleza— tiene que ser necesariamente mejor que todo el hacer en el cielo, sobre la tierra y debajo de ella. Sí, por más que la sangre y la carne se rebelen a Dios, por eso, nuestro actuar es ante Dios un omitir, nuestro hacer es un romper; nuestro algo, una nada. Así deberíamos oír lo que dice en nosotros el espíritu: que el romper de Dios, tal cual lo vemos, es el mejor hacer, y la nada de Dios, es el Algo más elevado y noble (aunque no lo parezca). Este testimonio está en todos los hombres y predica a cada uno en particular, cuando se lo escucha. Y el que quiera convencerse de que no lo oye es un embustero, porque se está cegando a sí mismo, cuando Dios le ha dado buena vista. Porque este Cordero ha sido desde el principio, y seguirá siendo hasta el final, un mediador entre Dios y los hombres. ¿Qué hombres? ¿Tú y yo solos? No; todos los hombres que Dios le ha dado por herencia. ¿Pero no le ha entregado a todos los paganos y a todos los judíos? ¿Por qué quieres cerrarles el camino que tú mismo no deseas recorrer? Si es un mediador que defiende las causas de ambos, para mal de ninguno —como ocurre, en realidad—, debe transmitir sin omisiones a cada uno la voluntad del otro. Dice David: por toda la tierra salió su ejemplo y has-

ta el extremo del mundo sus palabras. El firmamento, el día y la noche, y todas las obras de Dios proclaman su gloria, ayer, hoy y mañana y mientras el mundo exista¹³.

Tú dices: sin duda los cielos predicán a su manera, pero el propio Cordero no, como tú dices. Respuesta: ¿por qué predicán las cosas de la creación? ¿Acaso el Cordero es holgazán o tan altivo que no quiere predicar él mismo? No, no es por eso, sino porque —puesto que no se lo quiere oír— nos envía las cosas de la creación para escarnio, pero no para causarnos un daño. Pero también puede percibirse que el propio Cordero predica. Porque lo que ha sido largamente predicado al hombre desde afuera, no sería aceptado por él si en su corazón no hubiera ya testimonio del espíritu de Dios, aunque esté oculto. Algo creado se puede llevar, quizás, a un lugar en el cual no estaba. Donde Dios no está, allí jamás puede ser llevado. La palabra, "El reino de Dios está en vosotros", es verdad¹⁴. Quien lo busque y lo espere fuera de sí mismo, no lo encontrará. Quien busca verdaderamente a Dios también lo tiene verdaderamente. Porque sin Dios no se puede buscar ni encontrar a Dios. Pero nosotros no queremos oír, por eso decimos que no predica, para podernos excusar. Pero, ¿por qué no queremos oír? No podemos soportar su acción. Nos gustaría salvarnos sin mediación, para no padecer; por eso invertimos la voluntad de Dios, por lo cual Él también invierte nuestra voluntad. En lugar de la bienaventuranza que deseamos, nos da la condenación; por la sensualidad que no quisimos abandonar, nos da tribulaciones y angustias, que tampoco nos abandonarán. El diablo ha llegado a prevalecer marcadamente y con su falsedad ha dado testimonio de que quiere facilitar la resistencia a Dios y hacer imposible la obediencia. Porque para él y los suyos es un trago muy amargo aceptar y ejecutar la voluntad de Dios.

Dios quiso dar testimonio de la temeridad del mundo al haber querido hacer la divina voluntad irreflexivamente, sin el menor temor, cuando todavía no había sufrido y alcanzado el conocimiento, como debía ser, según el orden. Por eso ordenó también que se predicara y se amonestara. El diablo no tardó en hacer su aporte; inventó un arbitrio para que no se sustrajera nada a su poder: sugirió a los servidores llamados por Dios, que predicaran lo contrario, con la apariencia y la pretensión de ser lo correcto, aun cuando Dios no lo viera con satisfacción. Y los hombres se volvieron —sí, lo eran antes y lo seguirán siendo— insolentes y sin temor de Dios en el omitir, del mismo modo que antes lo habían sido en el hacer¹⁵. Pero has de saber, vibora ponzoñosa, que falla-

rás; tu propia astucia se volverá contra ti. ¿O acaso no sabías que cuando alguien es engañado con dos cosas extremadamente opuestas, en adelante será tanto más cauto? Quien se haya quemado en el calor y helado en el frío buscará el término medio. Todos los escogidos ven ya en parte tu engaño. Por eso ya no encuentran paz y satisfacción en él, sino que buscan un término medio¹⁶ entre tus mentiras de antes y las de ahora, y lo encontrarán sin que tú puedas evitarlo. Pero el término medio ya existía antes de que existieran los dos extremos. Sí, el término medio existirá por la eternidad, aunque los extremos desaparezcan, como [sin duda] desaparecerán. El término medio es la palabra de la verdad, que dice: ¡Es difícil para el rico (es decir para todos los hombres que están plenos de criaturas¹⁷, cada uno en su medida) entrar en el Reino de los Cielos, pero no es imposible! Si no es imposible que abandone las criaturas, es decir, que cargue sobre sí el yugo de Cristo¹⁸; de esa manera le será muy fácil. Él puede abandonar las criaturas, puesto que no es imposible. Si dice que es imposible, estará mintiendo —según su costumbre y su naturaleza que no fue creada así— contra Dios, para quien nada es imposible y que está dispuesto en todo momento a hacer lo mejor, en cuanto uno lo quiera aceptar. Sí, lo imposible es conservar las criaturas, como lo hacen los falsos cristianos, y obtener la salvación por añadidura. Razón: Dios es celoso, no entrega su honor a nadie. Ahora bien, el que quiera ser cristiano y, sin embargo, ama tanto a las criaturas que no las quiere dejar, ése se está engañando a sí mismo y Dios no puede retenerlo, sino que lo escupe con disgusto¹⁹, porque es tibio, quiere ser la desposada de Dios y, sin embargo, se prostituye con las criaturas.

Tú dices: ¿por qué no aparta Dios a las criaturas y nos hace como Él quiere que seamos? Respuesta: aun cuando aparte a las criaturas, como ocurre con frecuencia y a muchos, concede luego nuevamente el libre albedrío al hombre, como se lo dio al comienzo, para que pueda escoger lo bueno y lo malo, como lo atestigua la Escritura (Gn 2, Eclo 15, Dt 30, Jer 21). La razón se ha señalado antes: Él no quiere obligar, para que su misericordia sea reconocida y no desdeñada²⁰. De lo contrario no habría sido necesario que insuflara un alma al hombre en la creación, habría logrado su cometido con crearlo ya salvo. Por eso dice Cristo a sus discípulos (cuando algunos se apartaron de él): “¿Queréis acaso iros también vosotros?”²¹. Como si quisiera decir: no debéis sentirnos obligados. La Escritura habla de un abandono, que es el medio para llegar a Dios, es decir Cristo mismo —que no debemos considerar en la

carne sino en el espíritu—, como él mismo se predicó antes de encarnarse²². Así, los escribas —que no son entendidos en el Reino de los Cielos, son de una ceguera total y dan al mundo testimonio de su osadía— dicen que ese abandono también es provocado por Dios, sin distinción, como si los impíos también se abandonaran a Dios y no fueran ellos sino Dios quien peca: de la misma manera que se dice de los escogidos que no son ellos sino Dios que hace el bien. Que alguien me diga: ¿acaso podría tener el diablo mejores emisarios?

A partir de todo esto es fácil comprender por qué Moisés, el fiel servidor de Dios, dijo a todo el pueblo de Israel, sin excepción —a pesar de que era un pueblo extremadamente obstinado e incrédulo y había pocos creyentes verdaderos entre ellos—, con toda verdad: “El mandamiento que os ordeno hoy no está demasiado alto ni demasiado lejos para vosotros: está en vuestra boca y en vuestro corazón, para que lo cumpláis”. Y Pablo dice que ésa es la palabra que él predica²³.

Tú dices: la palabra y prédica de Pablo es Cristo, el crucificado y resucitado de entre los muertos. ¿Cómo puede estar o haber estado esa palabra en los corazones de los judíos? Respuesta: el espíritu de Dios les dio testimonio de que sólo Dios debía ser amado, porque sólo Él es bueno. Además, si se lo ha de amar, es preciso odiar y perder todo lo que lo impida: es decir, a sí mismo y a todas las criaturas. Otro punto: puesto que Dios es bueno, por su bondad no permitirá que nadie permanezca en el daño, sino que devolverá a su camino cien veces, más aún, infinitas veces, a aquél que lo haya perdido. Y bien, ¿en qué se diferencia esta palabra de la predicada por Moisés y por Pablo, aunque con variantes? Pero esta variante está sólo en lo exterior que no es la verdad misma, sino un testimonio de la verdad. Por eso, el que tiene en más estima al testimonio que a la verdad misma está invirtiendo el orden, lo cual es una abominación a los ojos de Dios. Eso hacen y han hecho todos los judíos pervertidos, que negaron la ley escrita por Dios con el dedo en su corazón, y buscaron en el libro escrito por manos humanas, del cual quisieron aprender y guardar lo que antes ya habían resuelto por sí mismos que no querían hacer. Así proceden también hoy todos los cristianos pervertidos, que niegan a Cristo, quien predica en su corazón y cuya palabra es una obra para demostrar vigorosamente a cada uno en particular, la gloria del Padre, a través de la muerte y resurrección. Pero ellos no quieren entrar, sino que buscan a Cristo sólo en la carne, en la esperanza de que sea suficiente con que la obra de Dios quede demostrada en él [en Cristo] y no sea necesario que se le demuestre en todos²⁴. De lo contrario, dicen,

nunca más habría un cristiano, si alguno se condenara antes de saber dónde y cómo deben buscar a Cristo. Por eso quieren reconocer a Cristo por sí solos sin esperar hasta que Él se dé a conocer. A estos les responde Pablo escuetamente, como cuadra a la respuesta que se da a la pregunta de un loco. No depende —dice— del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.

No hay que negar la palabra que está en el corazón, sino escuchar con celo y seriedad lo que Dios quiere decir dentro de nosotros. Además no hay que desechar lisa y llanamente ningún testimonio, sino escuchar y examinar todo, y compararlo con el temor del espíritu. Así el entendimiento se volvería día a día más claro, hasta que al fin oiríamos con suprema claridad a Dios hablando con nosotros y estaríamos seguros de su voluntad. Esa voluntad es que abandonemos todo lo propio y nos entreguemos a la libertad, que es Dios. Así el hombre se asemeja a Dios, se aproxima a la estirpe divina, como el único hijo de Dios y coheredero, Cristo. Por eso vive también según su patrón, de la misma manera en que vivió Cristo. Si, no es él mismo quien vive, sino Cristo que vive en él²⁵; no hizo alarde de ser igual a Dios en alguna medida²⁶, sino que, no obstante ser señor de todas las criaturas, se somete a todas ellas con la máxima humildad, no para que lo sirvan, sino para ayudarlas de esta manera a cumplir la voluntad de su Padre.

Tú dices: de esta manera estás igualando a todos los cristianos con Cristo. Eso suena directamente como si ellos no necesitaran de Cristo. Respuesta: todos los cristianos son iguales a Cristo, en cierta medida. Porque así como él se sacrificó al Padre, ellos también están dispuestos a sacrificarse. No digo que también sean perfectos, como lo fue Cristo, sino que justamente buscan la perfección que Cristo nunca perdió. De la misma manera, el fuego terreno y el elemental son también iguales y uno con el calentar, desecar, quemar e iluminar, y sin embargo el fuego elemental²⁷ es indeciblemente más sutil que el terreno. Así Cristo se dice luz del mundo y llama también a sus discípulos —es decir a todos los cristianos— una luz del mundo²⁸. Otro punto: él ha venido para encender un fuego, que Jeremías también ha encendido, cuando el Espíritu Santo le dice: “He aquí, yo pongo mis palabras en tu boca por fuego, y a este pueblo por leña, y los consumiré...”, etc., etc., etc.²⁹. En resumen, todos los cristianos —es decir, los que han recibido el Espíritu Santo— son uno con Cristo, en Dios, y son iguales a Cristo; por lo tanto, lo que importa a cada uno, también le importa al otro; lo que Cristo hace, lo hacen ellos también y tie-

nen, pues, a Cristo por único señor y maestro. Siendo él el espejo más perfecto de su Padre, no hubiera podido ser más perfecto, si no se hubiera hecho hombre. Y si hubiera podido ser una brizna más perfecto y no lo hubiese hecho, no habría sido el verdadero redentor, sino que tendríamos que haber esperado a otro; que no sea así. Pero demostró que era lo más perfecto al ofrendar su vida por su propia cuenta, sin protesta y sin honores al recuperarla por el poder del Padre, sin vacilar un solo instante en todo esto y cumpliendo todo de la mejor manera, a su debido tiempo, ni demasiado temprano ni demasiado tarde. Nadie hizo nunca eso, y lo que ha hecho cada uno solo es tomado de él; es justicia [concedida] por la gracia. Él, en cambio, no lo recibió de nadie, salvo del Padre; eso es gracia [recibida] por justicia³⁰.

Pero también puede demostrarse y advertirse que nosotros necesitamos y no podemos prescindir de Él. Puesto que Dios no quiere forzar a nadie y desea que todos cumplan libremente con su deber, y nosotros lo habíamos arrojado totalmente de nosotros, sin que mediara culpa de su parte —y, por lo tanto, en lo que a nosotros respectaba estábamos por completo sin Dios y yacíamos en las tinieblas y no podíamos levantarnos, ya que habíamos perdido a Dios y todo lo bueno y toda capacidad que Dios nos daba— ni Dios podía levantarnos nuevamente, sin medios, puesto que nosotros no queríamos recibirlo y Él no quiere retener a nadie contra su voluntad. Sin embargo, en nada había disminuido su buena voluntad, dado que por la eternidad había decidido que deseaba salvar a todos los hombres³¹. Por eso dispuso también otro medio, preparado desde la eternidad, en el que todos los hombres serían salvos y en el cual habían sido creados: el Verbo. En ese Verbo están contenidas, a la vez, la misericordia y la justicia de Dios, y la obra que había sido imposible por la omnipotencia de Dios, también se hizo posible a través del Verbo. Así como el hombre no podía recibir gracia sin gracia, así Dios no podía administrar su justicia a la injusticia sin ese medio. Pero ahora ese medio está al alcance de todos los hombres —por mucho que haya rechazado a Dios— para que a través de él puedan volver a Dios. No es que ellos puedan hacer algo por cuenta propia, pero —puesto que el Verbo está en ellos para unirlos al Padre— si ellos no lo desean —dado que, como se ha dicho, Dios no quiere forzar a nadie— será culpa de ellos el no haber hecho lo que podían haber hecho por medio del Verbo, y sean ellos mentirosos y sea Dios veraz y fiel, como dice Pablo a los romanos en el capítulo 3: 4 y como se señalaba también antes.

Tú dices: quizá hable en mí, pero yo no lo oigo, puesto que soy sordo a causa del pecado. De la misma manera puede brillar la luz dentro de mí; pero yo no la veo, porque soy ciego. Respuesta: esa es una falsa excusa, como todas las que sirven para embellecerse y para culpar y maldecir a Dios. Porque cuando el Verbo de Dios habla claramente, todo —mudos, sordos y ciegos, y aun las bestias irracionales, aun la fronda y la hierba, la piedra y la madera, cielo y tierra, y todo lo que está contenido en ellos— lo oirá y hará su voluntad. Sólo se le resiste el hombre, que no quiere ser nada y que, precisamente por eso, es más nada. ¡Oh, qué camino equivocado! ¿Acaso ha prometido Dios la vida eterna a las bestias irracionales y al hombre no? Pero seguid haciendo lo que hacéis, puesto que no deseáis otra cosa. Pero si supierais lo que os puede esperar, por cierto que cambiaríais con gusto. Porque más dispuestos estaríais a soportar todo si Él os consolara con unas pocas palabras.

Tú dices: pero si el Verbo está presente en todos los hombres, ¿para qué necesita la humanidad de Jesús de Nazaret? ¿Acaso no podía [el Verbo] cumplir de otra manera la voluntad del Padre? Estaba en los hombres para deificarlos, como ocurrió con todos los elegidos, por lo cual las Escrituras los llama dioses³². Y no por eso hay muchos dioses o ídolos que aparten del Dios único, sino que ellos, los muchos, son uno en el único Dios verdadero. Empero, quien los honre aparte de Dios los está convirtiendo —sin que ellos tengan culpa— en ídolos que nunca fueron y nunca serán. Pero el que se haya hecho hombre en Cristo tuvo que ser, para que los hombres tuvieran testimonio en el espíritu y en la carne, adentro y afuera, atrás y adelante y en todo lugar, para estímulo y para salvación de los elegidos, y para que los demás no puedan decir que Dios otorga libertad al hombre porque quiere que peque y muera, lo cual sería la secreta voluntad de Dios, aun cuando ante nosotros aparentará disgusto. Así hablan los pervertidos, aun hoy, y estas ideas están tan generalizadas que muchos elegidos también se hacen eco, aunque no satisfechos como los pervertidos³³. Pero es posible entender que esta mentira es castigada y humillada por la humanidad³⁴ de Jesús: puesto que Dios creó a todos los hombres a imagen y semejanza suya, pero no quedó más que uno³⁵: ése es Jesús, quien amaba tanto a los demás que sacrificó su vida al Padre, muriendo por ellos, cosa que debe haber aprendido del Padre, puesto que en todo se asemeja a éste y lo ha obedecido en todas las cosas. De modo que Dios también tenía desde la eternidad ese amor que Jesús demostró en presencia de Pilatos. Él ama

a su hijo como a la luz de sus ojos; no obstante aceptó su muerte con sincera complacencia aunque habría preferido soportarla Él mismo si no hubiera estado en contra del orden y [si] los hombres hubieran podido percibir lo espiritual, puesto que Él es un espíritu al que no pueden ver los ojos de la carne ni oír los oídos de la carne.

Tú dices: sí, seguramente murió por amor; pero no por amor a todos, sino solamente a muchos. Respuesta: puesto que el amor era perfecto en él —y el amor no odia ni envidia a nadie, sino que recoge a todos—, aun cuando todos fuéramos sus enemigos, no podría excluir a ninguno. Y si hubiera excluido a alguno, el amor habría sido cambiante y habría tenido en cuenta a la persona, cosa que no sucede. Pero no es extraño que nosotros lo rechacemos, de la misma manera que antes rechazamos al Padre. ¿Y por eso no habría de ser cierto que ha muerto por todos, para que todos sean salvos? ¿El que los hombres no sigan siendo buenos, quiere decir, acaso, que el Padre no los creó buenos? ¡Que no sea así! Sí, Cristo estaba tan entregado³⁶ al Padre (a pesar de que ama a todos inmensamente), que habría estado dispuesto a sufrir sin razón, si al Padre le hubiera complacido. De ahí que también al Padre este sacrificio le haya sido tan grato; aun cuando hubiera habido mil veces más mundo habría hecho satisfacción para la culpa de todos³⁷. Pero el que las Escrituras digan que murió a veces por muchos y a veces por todos, no se opone; sólo ha sido escrito porque no todos han aceptado la luz³⁸, aun cuando haya alumbrado a todos, y porque muchos han negado al Señor, que los rescató a todos como lo atestiguan las Escrituras³⁹.

Tú dices: a través de tus palabras parecería ser que el propio Dios no conoce el instante de la conversión del hombre y que el preconocimiento y la previsión de Dios son inciertos. Respuesta: Dios ha sabido bien, desde el comienzo, cómo se comportaría respecto a las criaturas y cómo lo harían las criaturas respecto a Él. Sabía, pues, que Él siempre les ofrecería lo mejor y que ellas desearían lo peor y que Él también se lo daría, pero para bien. Y aunque Él no quería la muerte y perdición del pecador⁴⁰ y, sin embargo, sabía que se haría la voluntad del hombre (puesto que a Él no le corresponde arrastrarlo por la fuerza a su servicio) los trastrocó así para eterna alabanza de su alegría, de la misma manera en que nosotros trastrocamos su gracia para nuestra ignominia y escarnio. De ahí también que encuentre un maravilloso agrado en la muerte, no por la muerte en sí, sino por el triunfo que representa el que la muerte no creada sea devorada por

la muerte creada⁴¹. Éste es el misterio que los grandes y sabios de este mundo no perciben y por el cual los ángeles se admiran y alaban al Señor, que gobierna por la eternidad y más aún. Amén.

Quien dispone el mal y considera más beneficioso reparar que evitar no puede ser culpado del mal. Una comparación: un niño tiene inclinación al delito y el padre deja una moneda a su alcance para probar si lo haría, a fin de castigarlo y quitarle la maldad. ¿Tiene parte de culpa el padre en ese pecado, por haber dejado la moneda al alcance de su hijo, a quien antes le han prohibido con frecuencia hurtar? Nadie puede decir eso. De la misma manera el Padre que está en los cielos previno desde la infancia de su hijo Israel, por medio de la ley, que no hurtara, que no se apropiara de ninguna criatura para sí mismo. Y, sin embargo, puso a su alcance tanto, que le quedó lugar para hurtar algo. Ahora bien, el niño no dejó de hacerlo y el padre lo observó durante un tiempo, a fin de tener ocasión de castigarlo con éxito, cosa que no podría haber hecho antes del pecado y con lo cual el muchacho contradice al padre y exclama: ¿por qué dejaste la moneda a mi alcance si no querías que la robara? Tú sabías muy bien. ¿Si no te hubieras complacido en ello, por qué no lo impediste? Ahora decidme, todos los que oís y presenciáis esto, ¿es justo que el niño hable así? ¿No son más dignas de castigo estas palabras que el hurto cometido? En verdad, si el muchacho no cesa en sus argumentos, el padre lo sacará a la puerta para entregarlo a los jueces y proceder, según la ley de Moisés⁴², como con un hijo desobediente, a fin de que sea apedreado, ya que no quiere corregirse con azotes.

Por eso, aunque el Señor de todas las cosas pudiera aducir motivos suficientes por los cuales eso le complace, tolerar nuestro pecado, no nos corresponde inquirir acerca de esas razones, sino esperar a que nos castigue, y mantenernos en silencio, sin contradecirlo, por cuanto sabemos que somos culpables. Porque todo lo que dicen los niños después de haber cometido una falta, sólo es para justificarse, aunque sólo logran culparse más y más. De nada valen, queridísimos hermanos, todas nuestras preguntas y disputas acerca de la providencia, si ocurre antes o después del pecado. No sirve para nada más que para excusarnos, lo que es el peor veneno para nosotros. ¡Oh, Adán, nuestro padre, también buscó excusas débiles como éstas⁴³! Pero de nada le valió, a pesar de que no fue tan insolente como para culpar a Dios, tal cual lo hacemos nosotros. Y a pesar, también, de que sus excusas y las de todos los hombres no dejan a Dios injustificado. Los hombres hacen como si temieran actuar contra la providencia de Dios, o quieren hacer de Dios un equivocado, un embustero,

cuando no se esmeran por cumplir sus órdenes y mandamientos. Creen que todo se arregla con palabra ardiente pero corazón frío. ¡Somos pobres pecadores! Según ellos, quieren dejar a Dios todo el honor, cuando no recibe de nosotros otra cosa que ignominia y vicio ante todos los paganos. ¡Ah, ese tunante se pone claramente en evidencia, por sutil y rápido que sea! Porque si alguien se preocupa de no actuar contra Dios, ¿por qué no tiene en cuenta sus mandamientos, que Él nos ha dado para que sean guardados, y no la providencia, acerca de la cual nada se ha mandado ni revelado a la comunidad? Si Dios no quiere el pecado y, sin embargo, sabe que se comete, no debemos preocuparnos por Él; Él no está en desacuerdo consigo mismo, como nosotros. Su providencia —que nosotros desconocemos— coincidirá con su voluntad que es conocida en parte, hasta por los pervertidos sin nuestra petulante intervención. Pero así se volverán necios los sabios que pretenden conocer los misterios de Dios y desprecian la voluntad reconocida de sus mandamientos.

Tú dices: nosotros no utilizamos [el concepto] de la providencia en la forma en que tú dices, sino para consuelo de todos los escogidos; para que sepan que toda la ayuda y la bienaventuranza están en manos de Dios y no hay fuerza lo bastante potente como para poder arrancárselas. Respuesta: no puedes brindar ese consuelo a nadie y nadie lo podrá recibir de ti, porque quien se ha rendido al castigo del Padre y ha paladeado, en parte, las dulzuras de la amarga cruz, a ése le revela el propio Padre a través de su Espíritu que debe resistirse a todos sus enemigos, pero no menos, que debe temer a Dios y no despreciar a nadie, porque Dios puede rechazar nuevamente a aquél que ha recibido en la fe, cuando él no permanece en la fe. Así como tampoco perdonó a los ángeles que estaban tan seguros de la causa que cayeron en la autocomplacencia y olvidaron a Dios. Por eso, Pablo, el instrumento elegido de Dios, ha dicho, no en vano: "Así, el que piensa estar firme, mire que no caiga"⁴⁴. Si Dios dio y luego quitó su espíritu a Saúl, el rey —a pesar de que es verdad que él nunca se arrepiente de sus dones— ¿por qué no habría de [tomar nuevamente] el talento que nos ha dado⁴⁵, puesto que no tenemos nada? Es decir: tomar nuevamente de aquellos a los cuales la gracia no les ha valido de nada, y sin embargo seguir siendo [Dios] sincero y recto. Que responda el que quiera: ¿no se está abusando de la providencia cuando queremos asegurarnos el pago del Señor, cualquiera sea la manera en que lo hayamos servido? Resumiendo, digamos que Dios ha destinado a los suyos a la salvación, sin tener en cuenta sus obras. Tanto más sin tener tampoco en cuenta la fe —decíamos—, pa-

ra que Cristo no fuera rechazado del medio. Entonces, si las obras han de desecharse así, sin distinción, ¿por qué dice Pablo con tanta seriedad que ni los fornicadores, ni los adúlteros, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes heredarán el Reino de Dios?⁴⁶ Y Cristo dice que quien pierda su vida por causa de Él, la hallará⁴⁷. Y nosotros queremos ser valiosos con nuestra verbosa fe; no hemos dejado ni a la más insignificante de las criaturas por causa de Él, y para qué hablar de [dejar-nos] nosotros mismos, cosa que también consideramos imposible que Dios obre en nosotros. De ahí que toda la supuesta cristiandad esté llena de adúlteros, avaros, borrachos y cosas por el estilo.

Por eso, todos los que temen a Dios deben renunciar al mundo. Y cuando necesiten algo del mundo, siempre tienen que estar dispuestos a la disputa y a la adversidad, como si fueran, pues, extraños enviados a la tierra. Quien vive seguro y alegre con el mundo, que cuide de no extralimitarse con él y descubra públicamente la ignominia de su prostitución y sea avergonzado. Porque cuando el Señor venga, vendrá por la noche⁴⁸, cuando menos se lo espere, para arrebatarlos, como un ladrón, lo que como creador nos entregó para que lo sirviéramos y que nosotros nos hemos apropiado, como los ladrones, para usarlo en nuestro propio provecho. A nadie le valdrá de nada decir: ¡Señor, yo prediqué el Evangelio! ¡Señor, yo lo escuché! Porque él responderá: ¡No os conozco!⁴⁹ ¿O acaso creemos que no tendrá esa respuesta para nosotros, con toda razón? ¿O es que sólo ha de despachar a los paganos, como si estos no tuvieran una causa tan buena ante él como la nuestra? ¡Oh, amados hermanos, él no necesita litigar demasiado con nosotros. Las palabras que él ha pronunciado desde el comienzo y que nosotros hemos oído, nos declararon culpables! Él dice: bienaventurado el que oye la palabra de Dios y la guarda. El que la oye y no la guarda es comparable a un insensato⁵⁰. Es oveja de Cristo aquél que oye y obedece su voz⁵¹. Porque quienes oyen la ley de Dios y no la cumplen con los hechos no son justos ante Dios. Ahora bien, si alguien quiere llegar a Dios sin la rectitud que tiene validez ante Dios, está apartando el medio de su camino; eso es lo que hace todo el mundo. ¡Pero ay, ay, ay de los pervertidos, que conocen la voluntad de su Señor y no la cumplen, y a pesar de todo quieren tener razón! ¡Oh, su destino será más insoportable que el de aquellos para los cuales [esa voluntad] ha estado oculta en parte! ¿No es vergüenza sobre vergüenza que querramos aprender a conocer a Cristo y no por eso dejemos de conservar nuestra antigua naturaleza impía? ¿Y que luego nos excusemos con las palabras de Pablo, que ordenan⁵² a cada uno permanecer en el esta-

do en el cual ha sido llamado, como si quisiera decir que cuando uno ha sido destinado al adulterio debe permanecer en él? ¿Por qué no permaneció, entonces, Mateo en el banco de los tributos públicos? Sí, a nuestro juicio, los pescadores hicieron mal en dejar su trabajo. Eso nos sucede cuando seleccionamos las Escrituras por trozos y remendamos la vieja ropa con nuevos parches⁵³. Lo que Pablo dijo acerca de casados y solteros lo queremos aplicar también a nuestros desesperados oficios, comercios, usura y cargos. No es así, sino que, en una palabra, el que no esté dispuesto —como Zaqueo— a devolver cuadruplicando lo que haya defraudado a alguno, ése no es digno de Cristo, no oirá la voz del novio. Sí, aun cuando la escuche, en un sentido, será para él veneno y maldición. Corazones vacíos deberíamos llevar ante Cristo; corazones que estuvieran dispuestos a renunciar a todo lo que tenemos; de esa manera seríamos receptivos a su misterio. Ahora sólo estamos llevando corazones repletos y creemos que ganaremos nuestra causa recién ante Cristo, como esté. De modo que los trabajadores buscan buen jornal en Cristo, los pobres riqueza y los siervos dominio. De esa manera, los ociosos, los ricos y los señores no quieren perder nada, sino recibir todo de él; cuando, en realidad, deberían perderse todo en él, si escucharan de otra manera su voz y no quisieran ser hijos del mundo.

Tú dices: por eso venimos y buscamos a Cristo, para encontrarlo y aprender con él; tú quieres que poseamos de antemano. ¿Cómo se entiende eso? Respuesta: la palabra de Dios está contigo, antes de que tú la busques; te da antes de que pidas; te abre antes de que golpees. Nadie se acerca a Cristo por sí solo; el Padre lo atrae⁵⁴ y uno obedece fielmente de acuerdo con su bondad. Quien, en cambio, quiere llegar sin ser atraído en su mente y por su cuenta, está osando dar a Dios algo que no ha recibido de Él. Quiere ganarse a Dios para no tener que agradecerle su gracia. Abraham se gozaba de que habría de ver el día de Cristo, aun antes de haberlo visto. Cornelio era un hombre piadoso y temeroso de Dios mucho antes de haber reconocido a Cristo. Pablo mostraba un justo y divino celo respecto a la Ley de Dios, antes de la revelación de Cristo. Los discípulos de Cristo no tardaron en abandonar casa y granja, esposa e hijo, por amor a Cristo y aún no sabían quién era él. Todos los escogidos buscan y se gozan, sin que ellos mismos sepan qué y de qué; nada de eso es un inconveniente para el Evangelio de Cristo. Porque esa obra no proviene del hombre, sino de Dios, de quien proviene todo lo que puede ser realmente llamado algo, como también lo atestigua el Evangelio. Por eso nadie

puede gloriarse ante Dios de su obra o de su fe, como si las hubiera adquirido por sí mismo. Porque quien se gloria a sí mismo, está satisfecho consigo mismo, y es uno de los ricos a los cuales Dios envía vacíos e insatisfechos. Esa ponzoñosa peculiaridad de la carne, que el hombre ha adoptado contra Dios y sin Dios, puede y debe ser muerta. Cuando ésta [muerte de la carne] comienza en un hombre y él se lo atribuye a sí mismo está hurtando a Dios su honor y está bebiendo el veneno y la leche del diablo porque quiere ser ante Dios algo que no es. Pero quien no quiera soportar esta obra de muerte, sino que realiza las obras de las tinieblas, no querrá justificarse con ninguna criatura y mucho menos con Dios. Pues quien pretenda excusarse con Dios está culpando a Dios de lo que nunca ha hecho y nunca hará, y Dios tiene que ser para él lo que no ha sido nunca. Si fuera en realidad aquello de lo cual ése lo acusa, no castigaría a nadie y no podría castigar a nadie (porque es justo y no castiga a nadie que no tenga culpa) y todas las criaturas estarían ya en reposo⁵⁵, cosa que no sucede sino que sólo se llega a él a través del medio⁵⁶. Pero el medio es Cristo, a quien nadie puede reconocer bien, a no ser que lo siga en la vida⁵⁷. Y nadie lo puede seguir si no lo reconoce antes. Quien no lo reconoce, no lo tiene, y no puede llegar al Padre sin él. Pero quien lo reconozca y no atestigüe eso con su conducta, será juzgado junto con otros pervertidos, sin tener en cuenta que antes ha sido llamado y aceptado en la comunidad del Evangelio, de lo cual uno no puede consolarse de otra manera, más que por la negación de sí mismo.

Tú dices: además parece surgir de tus palabras que el reconocimiento de Dios es inconstante. Respuesta: Dios es y seguirá siendo veraz en todas las cosas y no cambiará su consejo. ¿Pero a quién se lo ha revelado, como para que pueda confiarse y no yerre? La verdad y la palabra de Dios son estables por sí mismas; nosotros, en cambio, somos inestables y vacilamos dentro de ellas. Bienaventurado el hombre, en el cual la palabra es cierta por toda la eternidad. Por eso, cuando Dios endurece un corazón para que no pueda creer no lo rechaza así porque no quiera tenerlo, sino para mostrarle primero su incredulidad, a fin de que reconozca el daño y lo lamente y sea consolado. De la misma manera actúa un padre con un hijo malvado: puede castigarlo o repudiarlo con la intensidad que quiera, pero si regresara a pedir su clemencia, lo recibiría nuevamente. Y aunque en su ira lo hubiese matado, para que no volviera más, no por eso dejaba de desear una mejoría en él y si pudiera resucitarlo lo haría con gus-

to. Esto lo hacen los hombres que se enojan, ¿cómo no habría de querer o poder hacerlo Dios, cuya riqueza y bondad nadie puede imaginar o expresar suficientemente? ¡Ah, bienaventurado el hombre que reconoce la misericordia de Dios en la angustia y la necesidad, y en cambio lo teme en la gracia. Pues por eso el Señor demuestra al hombre todas las tribulaciones y ES el que ES⁵⁸ —que es su único nombre, y no puede ser atribuido a ninguna criatura— como se nombro y se dio a conocer ante su siervo Moisés. A Él no se le oculta cuando y dónde será reconocido, cuándo y por cuánto tiempo se le ofrecerá resistencia. Prohibió que se arrasara Ninive⁵⁹ y la aceptó nuevamente a causa de su arrepentimiento. Aceptó a Saúl, el rey, y lo dotó con su espíritu, y luego lo rechazó nuevamente por su desobediencia. Redimió a Israel de Egipto y lo repudió en Babilonia, y lo volvió a recibir y lo volvió a repudiar; y, sin embargo, en todo eso no hubo nada extraño o no previsto para Él. Sí, Él sigue siendo el Dios que quiere que todo Israel sea salvo, como dice Pablo⁶⁰. Por lo tanto, Él no quiere la muerte del pecador; quiere que se convierta y viva. Por eso no puede atribuírsele verdaderamente la culpa⁶¹, porque Él no encuentra placer ni gozo en los vasos de ira, sino que con gran paciencia ha traído a la vida [y ha hecho vivir] a aquellos a quienes aplaza durante tanto tiempo el castigo⁶², estando dispuesto a recibir a todos en el arrepentimiento.

Sobre esta verdad digo libremente en el Señor que da la vida y la muerte: aquél que se quiera ofrendar al Señor, en el fondo de su alma y en la realidad, es decir, aquel que quiera abandonar su voluntad y buscar la voluntad de Dios, que esté atento a la obra de Dios, así será recibido y aceptado con gran alegría por el Padre misericordioso⁶³, sin tener en cuenta cómo se ha comportado antes ni la ingratitude con que pueda haber disipado su herencia: más aún, sin tener en cuenta si el Padre se había decidido antes en contra de él. ¡Ah, si viniera, pues, el mundo entero, el Señor estaría maravillosamente dispuesto a ser benévolo con él! ¿No es, pues, alevoso lo que dicen nuestros escribas: que Él lo hace llamar a su Cena, pero que no desea que uno vaya? El buen espíritu de Dios no les ha ordenado decir eso y cosas semejantes; Él hace todo lo que hace sin doble intención. Él no dice "ven" y piensa y desea secretamente que uno se quede donde está. Él no da su gracia a alguien, para luego retirársela secretamente, porque Él es siempre constante y veraz en todos sus dones. Y cuando nos parece ser inestable (lo que ocurre sólo por culpa nues-

tra y por el pecado que está en nosotros, no por Él), ya está dispuesto a mantener nuevamente lo que ha cambiado, es decir, lo que nosotros hemos cambiado. Pero por mucho que se nos repita, se nos grite y se nos clame, el mundo no quiere oír, y aquellos de los hijos del mundo que oyen, quieren llamar la atención por eso y ocultan así su maldad; dicen sí a la orden del Padre, pero no la cumplen⁶⁴. ¡Oh, estos son hijos extremadamente malos! Y por eso el Señor no sin justicia ya ha cegado a algunos y cegará a otros más; sólo porque no aceptan la verdad en verdad. Es decir que quieren llegar al Padre prescindiendo del Hijo. Quieren gobernar con Dios y no ser gobernados por Cristo; quieren encontrar su alma y no perderla, hacer la voluntad de Dios y no abandonar la suya. Hablan de libertad espiritual y permanecen en la servidumbre y la prisión de la carne. Pero yo testimonio y os ruego por el advenimiento de Jesucristo. Nuestro Señor, que todos los que oigáis o veáis o percibáis de alguna manera la verdad de Dios, queráis aceptarla también en la verdad de Cristo, es decir en la manera, por la vía y en la forma que Cristo enseñó y demostró personalmente, es decir negándose y perdiéndose a sí mismo, a fin de que podáis presentaros ante su trono y su juicio, y ser aprobados sin castigo y con seguridad. De lo contrario, la verdad es y se volverá para vosotros la máxima mentira, a causa de vuestra manera pervertida. Y así no regresaréis, aunque el Señor os dé lugar, tendréis parte con aquél que inicialmente concibió por su cuenta y dio a luz a las mentiras y cuya herencia es el gusano que roe y que nadie puede matar, y el fuego eterno, el que nadie puede apagar⁶⁵.

Pero aquél a quien estas palabras lleguen al corazón verá con agrado cuando a causa de nuestros pecados nos veamos cubiertos de escarnio e ignominia, y no se extrañaría de que fuéramos perseguidos por todas las criaturas. Sin embargo puede y debe rogar al Dios misericordioso y verdadero que nos libre de la ignominia a su debido tiempo y según su voluntad, no por nosotros sino para que su nombre sea alabado entre todos los paganos y todos los pueblos. Él nos lo ha prometido a través de sus servidores, los santos profetas, y de su hijo Jesús, el ungido, a quien por eso ha hecho rey de reyes y señor de señores. Ante Él se atemoriza todo el mundo y, sin embargo, no cree; pero pronto conocerá en la realidad, en el día que esperan con gozo todos los santos. Amén.

NOTA A LA INTRODUCCIÓN

¹ Hubmaier también escribió en 1527 dos folletos sobre la libertad del albedrío. *Schriften* pág. 379 y ss.

NOTAS AL TEXTO

¹ Is 45: 6d-7. Usualmente Denck no indica las fuentes de sus citas bíblicas: lo hacemos en las notas, incluimos la cita en el texto mismo.

² Mt 12: 25.

³ El verbo *verhängen* que regularmente traduciremos por "disponer" tiene un sentido muy complejo. Usualmente significa "sentenciar, infligir, declarar (una pena)". Sin embargo, en el uso de Denck, indica que Dios arregla las cosas providencialmente, de manera que sin su intervención activa en los detalles los hombres siguen actuando por la propia culpa de ellos en su estado pecaminoso.

Podría traducirse mejor quizá por "permitir..." o bien por "abandonar a".

⁴ Jn 1: 3.

⁵ *Gelassenheit*; término clave para describir la actitud del creyente. En los místicos, como en Tomás Müntzer, significa una disposición pasiva interior; en los anabaptistas se añade el elemento de obediencia activa.

⁶ Gn 20: 20.

⁷ En Eclo 10: 6-22 se encuentra una polémica contra la soberbia. Sin embargo, no aparece (en las versiones modernas) la frase "una soberbia que Dios no creó".

⁸ Pablo, en Ro 10: 35, cita un discurso de Moisés (Lv 18: 5). Según Denck, aunque el apóstol cita textualmente, quiere dar vuelta el sentido de aquellas palabras para decir: "Quien vive [i.e. quien vive genuinamente, en *Gelassenheit*] la cumplirá". La obediencia es fruto de la fe ["vida"] y no medio hacia ella.

⁹ Lc 10: 28.

¹⁰ Ro 9: 16.

¹¹ 1 Co 9: 26, Gl 2: 2.

¹² Puede ser una referencia a Mt 10: 39. Sin embargo, la frase original "espíritu del cordero" indicaría otra alusión.

¹³ Sal 19: 25.

¹⁴ Lc 17: 21; versículo prefendo de los místicos. Donde otros entienden "el reino está entre vosotros" o "se ha acercado", los místicos interpretan "dentro de vosotros".

¹⁵ Describe su concepto del impacto de la correctiva luterana, oponiéndose a la salvación por las obras (el "hacer"); cae en el peligro opuesto de esperar salvarse por su nada fe sin expresión concreta (el "omitir").

¹⁶ *Mittel* es otro término clave que se usa en varios sentidos. A veces como "término medio"; un punto a medio camino entre dos extremos. Otras veces significa mediación, lo que sirve para vincular o reconciliar a los extremos. En este sentido el *Mittel* puede ser el medio genuino de reconciliación (Cristo, el Verbo); pero también hay medios falsos.

¹⁷ "Criaturas" es otro término técnico del misticismo. Significa cualquier bien temporal que impida la comunión con Dios. Mt 19: 29.

¹⁸ Mt 11: 29.

¹⁹ Ap 3: 16.

²⁰ Por única vez en todo el tratado, y sin razón aparente, Denck cita al margen algunas alusiones bíblicas: Gn 2, Eclo 15, Dt 30, Jer 21.

²¹ Jn 6: 67.

²² "Cristo se predicó en el Espíritu antes de encarnarse"; se trata de Jn 1: 1-9, el Verbo que iluminaba a todo hombre aun antes de llegar al mundo. En este pasaje Denck une los conceptos de abandono y de medio: la encarnación misma representa el abandono del Hijo-Verbo (cf. Flp 2: 5 ss).

²³ Dt 30: 11-14 y Ro 10: 8.

²⁴ El concepto de "la ley" y del judaísmo que predominaba en el movimiento luterano puso mucho énfasis en la superación de la ley por el Evangelio y por lo tanto en la superación del judaísmo por el cristianismo.

Denck, por el contrario, discierne en las dos alianzas y los dos testamentos el mismo mensaje y el mismo peligro; hay cristianos pervertidos como puede haber judíos pervertidos, y en los dos casos la perversión consiste en creer que es suficiente que la Palabra de Verdad tenga su validez "objetiva" en sí misma, y que ellos por medio del abandono la dejen encarnarse en sí mismos.

²⁵ Ro 8: 17.

²⁶ Flp 2: 6.

²⁷ Alusión a la metafísica antigua; lo "elemental" es más básico que lo visible o terreno.

²⁸ Jn 8: 12: 9: 5, Mt 5: 14.

²⁹ Lc 12: 49, Jer 5: 14.

³⁰ Resumen epigramático: el creyente posee justicia por gracia; Cristo posee gracia por justicia; i.e. en su derecho propio.

³¹ Ro 9: 19, 1 Ti 2: 14. Está siguiendo el pensamiento de Jn 1: 1-11. Aquí traducimos como Verbo, sin embargo, seguimos traduciendo como "palabra" en otros contextos donde la referencia a Jn 1 es menos evidente. Siempre se trata para Denck del mismo concepto y del mismo término.

³² Jn 10: 34.

³³ Es decir, por falta de conocimiento muchos elegidos (creyentes verdaderamente sinceros) hablan de una secreta voluntad de Dios (según la cual el pecado tiene cierta legitimidad), pero los pervertidos lo dicen con satisfacción.

³⁴ Aquí, como al principio del párrafo, "humanidad de Jesús" es otra expresión equivalente a "encarnación del Verbo".

³⁵ Es decir: los demás hombres, también los creados buenos, todos cayeron en el pecado.

³⁶ *Gelassen*.

³⁷ Mt 20: 28; Mc 10: 45.

³⁸ 1 Jn 2: 2; Jn 1: 9-11.

³⁹ 2 P 2: 1.

⁴⁰ Ez 18: 23.

⁴¹ Ap 20: 14.

⁴² Dt 21: 18 ss.

⁴³ Gn 3: 12.

⁴⁴ 1 Co 10: 12.

⁴⁵ Mt 25: 28.

⁴⁶ 1 Co 6: 9 ss.

⁴⁷ Mt 10: 39.

⁴⁸ Lc 12: 37.

⁴⁹ Mt 25: 12.

⁵⁰ Lc 11: 28; Mt 7: 26.

⁵¹ Jn 10: 3. 27.

⁵² 1 Co 7: 20. 24.

⁵³ Mt 9: 16.

⁵⁴ Jn 8: 36.

⁵⁵ El misticismo tomó prestado de Hebreos (3: 18, 5ss) el término "reposeo" para significar la salvación.

⁵⁶ Otra vez aparece el concepto de *Mittel*.

⁵⁷ De este texto se formó el eslogan favorito de la tradición menonita: "Nadie puede conocer a Cristo, a no ser que lo siga en la vida".

⁵⁸ Ex 3: 14.

⁵⁹ Jon 1: 2; 3: 5-10.

⁶⁰ Ro 11: 26.

⁶¹ Ro 9: 22.

⁶² Ap 2: 21; 2 P 3: 9.

⁶³ Lc 15: 11 ss.

⁶⁴ Mt 21: 30.

⁶⁵ Jn 8: 44; Mc 9: 44.